Homilía en la Celebración en la Basílica Nuestra Señora de Luján

Papa León XIV

Pronunciada en la mañana del miércoles 11 de noviembre de 2026 en la plaza y avenida frente a la Basílica Nuestra Señora de Luján, ante más de dos millones de fieles, como acto litúrgico de clausura de la visita apostólica a la Argentina.

«Queridos hermanos y hermanas:

La lectura del profeta Isaías que hemos escuchado nos invita a imaginar distintos tipos de terreno: el desierto, la estepa y el monte, todos llamados a florecer y a cantar de júbilo al contemplar la gloria de Dios. Pensemos también hoy en este hermoso país, en la variada geografía con la que el Creador del universo ha embellecido la tierra argentina: extensas pampas y caudalosos ríos, numerosas sierras y cadenas montañosas, verdes mesetas y amplias llanuras, mares profundos, glaciares majestuosos y vastos desiertos. Toda la tierra del "fin del mundo", en su esplendor y hermosura, canta la gloria del Señor.

Isaías continúa diciendo que, así como Dios hace brotar agua en la tierra árida, haciéndola más fecunda, así también sacia la sed profunda de los hombres y los sana de sus enfermedades, abriendo los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos. Queridos hermanos y hermanas, estas imágenes nos hablan de un tiempo nuevo, de una promesa de liberación: no tengan miedo, Dios está con nosotros. Alégrense y sean fuertes, con la fuerza que viene del Señor.

Durante estos días pude ver la riqueza de Argentina, no solo en su geografía sino también en su gente, en cada uno de los encuentros, en las plazas y en las calles, en la creatividad, en la espontaneidad y en la vida que desborda a cada paso. En el Magníficat, que hemos proclamado como salmo responsorial, también la Virgen María desborda de gozo con el Señor y lo alaba por las maravillas que obra en ella. Agradezco a Dios la oportunidad de encontrarme con este pueblo tan querido, que abre sus puertas a todos, que comparte su pan y su música, donde siempre hay un lugar en la mesa para el que llega, un tiempo gratuito para conversar "entre mate y mate", una mano tendida para el que lo necesita.

Hoy, en la Casa de nuestra Madre de Luján, mi recuerdo se dirige de manera especial a nuestro querido Papa Francisco, que siempre llevó a la "Patroncita morena" en su corazón. Él nos enseñó con su vida, y nos lo sigue indicando desde el lugar que eligió para ser sepultado, tan cerca de Santa María, a amarla y venerarla siempre. De hecho, muchas veces sus palabras de despedida eran: "Que Jesús te bendiga y la Virgen Santa te cuide".

Con el corazón agradecido por tantos dones que Dios ha derramado sobre este país, quisiera en esta ocasión proponerles un itinerario, que es el mismo que vivimos en la celebración de cada Eucaristía. Consta de cuatro pasos: la reconciliación, la iluminación por medio de la Palabra de Dios, la comunión y el envío a la misión.

María al pie de la cruz se une al Sacrificio eucarístico y nos acompaña en este camino (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 56-58). Muchos hermanos nuestros, o incluso nosotros mismos,

nuestras familias, pueden estar viviendo actualmente momentos de Calvario, sufriendo a causa de enfermedades, pobreza, falta de trabajo, discriminación o rupturas familiares, entre otros problemas. En esos momentos oscuros, comprendemos los sentimientos de María al pie de la cruz, con su corazón de madre desgarrado de dolor. Al mismo tiempo, así como María, en ese terrible momento de su vida, recibió de su Hijo una nueva misión, acogiendo en su corazón de madre a toda la humanidad, también nosotros estamos llamados a recibir la gracia de Dios y vivir procesos de perdón y reconciliación, que renueven en nosotros la paz, la esperanza y la caridad. Seamos sinceros, reconozcamos nuestras faltas y pidamos perdón al Señor, «perdón por aquel mendigo, por aquella lágrima que hice brillar; perdón por aquellos ojos que al mirar los míos no quise mirar» (*Zamba del perdón*). Necesitamos reconciliarnos también con nuestra historia y con nuestro presente, para generar un futuro nuevo, donde sea el amor el que tenga la última palabra.

Recordemos asimismo la experiencia de los discípulos de Emaús: iban caminando con el semblante triste, desalentados, abatidos por la dura realidad. En ese momento se les presentó Jesús resucitado y les explicó las Escrituras. Después compartieron la cena, y ellos reconocieron su presencia, que les había hecho arder el corazón (cf. Lc 24,13-35). Queridos hermanos y hermanas: esa también es muchas veces nuestra experiencia. Nos sentimos cansados, defraudados, desorientados. Necesitamos una brújula, una guía: ¡la tenemos en la Sagrada Escritura! Dejémonos iluminar por ella: la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino (cf. Sal 119,105).

Como tercer paso, después de la reconciliación y la iluminación por medio de la Palabra, estamos llamados a la comunión. Cristo mismo nos invita a su mesa, y en ella somos bienvenidos todos (cf. Mt 22,9-10). Hay lugar para todos, especialmente para los más necesitados: los pobres y los hambrientos, los migrantes, los enfermos y los presos, con quienes el Señor se identifica (cf. Mt 25,35-40). Precisamente «la Eucaristía, sacramento de la unidad, alimenta nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo y nos enseña a compartir. Las diversas sensibilidades presentes en la Iglesia, las convicciones fuertes que animan a cada uno, son una riqueza si permanecen ancladas en la certeza de la unidad como don recibido y como tarea por asumir» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 88). La comunión con Cristo no nos repliega en nuestros asuntos personales, no nos lleva a aprovecharnos de las carencias ajenas, no nos hace evadir nuestras responsabilidades. La comunión con Cristo nos impulsa a formar parte activa de una comunidad, a compartir gratuitamente los dones recibidos, a ofrecer lo poco que tengamos para el bien de muchos.

Se nos invita a vivir la caridad al estilo de Cristo, y ese estilo también nos lo enseña María al pie de la cruz, ya que allí, en el Calvario, tanto ella como su Hijo amaron “hasta el extremo” (cf. Jn 13,1). No se trata de hacer grandes cosas, sino de permanecer fieles junto al Señor, como estuvo su Madre, tanto en los momentos de cruz, como en los tiempos de gozo, de gloria y de luz. Se trata de mirar la vida con ojos de cielo y de pintar cada una de nuestras jornadas de color esperanza. Hay muchas dificultades, lo sabemos, pero el Señor también inspira en nuestro Pueblo fiel gestos heroicos de caridad, como el del padre que madruga cada día para llevar el pan a su casa, como la madre que acompaña a su hijo enfermo durante las largas noches de hospital, como el buen amigo que comparte su tiempo con el que lo necesita.

Queridos hermanos y hermanas, el último paso es el envío, tal como recibimos al finalizar la Santa Misa: el envío a la misión. ¡Vayan y anuncien! (cf. Mc 16,15), porque «no podemos callar lo que hemos

visto y oído» (Hch 4,20). Vayan y evangelicen, anuncien la alegría del Evangelio con palabras y obras de bien. Argentina, levántate y camina, «ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien» (S. Agustín, Homilía sobre la primera carta de San Juan a los partos, 7, 8).

Madre de Luján: mi Pontificado dio inicio un 8 de mayo, día de tu fiesta. Como millones de argentinos que vienen a tu casa a suplicar tu amparo maternal, yo también quiero cobijarme bajo tu manto. Guíame, Madre, en la misión apostólica que el Señor me ha encomendado. Y guía y acompaña al pueblo argentino en su peregrinar. Ayúdalo a crear puentes de caridad y redes de solidaridad, suscita en ellos el impulso para seguir recorriendo caminos de reconciliación, de comunión y de misión, iluminados por la Palabra de tu Hijo Jesucristo y cimentados firmemente en Él, «la piedra angular» (Hch 4,11). Que así sea.»